

Francisco Javier Ovalle C.

Mis pensamientos
sobre el Club de

Señoras

de /

Santiago de Chile



SANTIAGO

Escuela Tip. "La Gratitude Nacional"

- 1918 -

Francisco Javier Ovalle C.

34175

Mis pensamientos
sobre el Club de

Señoras

de

Santiago de Chile



SANTIAGO

Escuela Tip. "La Gratitude Nacional"

- 1918 -

643860




A
la Señora
Delia Matte de Izquierdo

Fundadora
y
Presidenta del Club
de

SEÑORAS
DE
SANTIAGO DE CHILE

✱





Mis pensamientos sobre el Club de Señoras

(PRÓLOGO)

Jamás el espíritu de las asociaciones se sentirá satisfecho de su obra si no la contempla al través del tiempo.

El Club de Señoras, que va a entrar ya en su tercer año de existencia, tiene títulos suficientes para sentirse remunerado de sus esfuerzos y autoridad bastante para proclamar ante la Sociedad Chilena que su obra ha sido útil en todo sentido y que la Institución va camino de una solidez inalterable.

Ante el notable avance del feminismo cuyo recorrido ha iluminado esplendorosamente el Club de Señoras, el Directorio debe de sentir satisfacción inmensa; y no dudamos de que este júbilo se doblará cuando al hacer el balance de la administra-

ción moral compruebe que el rendimiento ha sido muy superior a lo que se esperaba.

Venido al mundo, el Club en una época en que todavía la Sociedad Chilena tenía sus ojos cubiertos por un velo que le impedía conocer los amplios horizontes de la libertad, obligándola a adorar en la mezquita estrecha de su espíritu el *pasado* de nuestros abuelos con su cortejo de santidades inquisitoriales, sus fundadoras hubieron de luchar denodadamente contra esa corriente poderosa que se atravesaba en su camino, combatiendo con la austera energía que imprime al alma del luchador, la convicción de la bondad de su obra.

Y en este combate resultaron éstas victoriosas y aquéllas derrotadas. La cultura triunfó sobre lo irracional; la inteligencia y el espíritu de orden y progreso derribaron las puertas del formidable castillo, en que se asilaban los últimos poderosos restos de las tradiciones coloniales y enarbolaron la bandera del feminismo, dorada insignia de la evolución de la mujer.

Para poder darse cuenta exacta de los grandes beneficios que este Centro ha reportado, es menester conocer la vida intensa de esa institución. Conocido sólo exteriormente puede confundírsele con cualquier centro de hermoso solaz, pero visto por dentro, se le compara a una Universidad que elabora un brillante feminismo.

El Directorio a fin de asegurar sus victorias no ha omitido sacrificios por llevar hasta él cuanto es

necesario al cumplimiento del interesante programa que se tiene trazado.

Al Club han llegado mujeres cubiertas sólo con las frivolidades de la educación ligera y otras con el tupido velo de las costumbres coloniales. La nueva escuela ha quitado delante de su vista esa gran barrera que les impedía conocer la luz intensa de la vida, y ha puesto por delante el tesoro inmenso de la caridad. Las ha separado de ese Dios empequeñecido por la falsa cultura y las ha puesto en contacto íntimo con ese de que nos hablan las Sagradas Escrituras, revestido de inteligencia poderosa y de sabiduría susceptible a toda ponderación.

Vuelve la mujer al hogar inaugurando una nueva era, introduciendo útiles reformas que permitirán a los hijos que beban en esta nueva fuente alcanzar un formidable desarrollo psicológico y una salud robusta; vuelve al hogar llevando la antorcha de la libertad, los cimientos de una instrucción que permite al alma respirar los aires de una generosa cultura, en fin, vuelve llevando en sí misma para derramar en el cortijo en que vive como perlas preciosas y escudos de oro, la paz, la alegría, la salud, la sabiduría y el conocimiento de la verdadera filosofía de la vida.

Y a nadie mejor que a la madre corresponde espléndidamente la nueva escuela de enseñanzas generosas ya que por leyes naturales y divinas está constituída en escuela de sus hijos, y al ser la maes-

tra del hogar lo es también una de las maestras de la patria, porque de sus lecciones dependen el honor y la gloria de las instituciones nacionales.

El Directorio del Club es acreedor a un voto de aplauso, pero de un aplauso estridente, que resuene en todos los ámbitos de la República.


Y al colocar sobre las sienes de las señoras, cuyo desinteresado esfuerzo permitirá a sus nombres, vivir para siempre en los capítulos de la historia del feminismo con todos los atributos concedidos a los grandes luchadores, la corona de laureles, pongamos también sobre sus blondas cabelleras la de las simpatías generales que es mucho más envidiable.

Santiago, 31 de Diciembre de 1917.

FRANCISCO JAVIER OVALLE.



Señora Delia Matte de Izquierdo
Presidenta del Club de Señoras.



El Club de Señoras al través del objetivo.

El Club se propone crear y fomentar en el alma de la mujer todo lo que es hermoso y bueno. Con tal propósito abre este amplio y afectuoso hogar a las más distinguidas damas del país, para que reuniéndose y acercándose intelectual y moralmente se penetren de las necesidades de las provincias en las diversas esferas y hagan irradiar hasta ellas su benéfica y progresista acción, impulsando toda iniciativa de bienestar, de cultura y de belleza.

Esta institución, cuyos cimientos están formados por los más delicados sentimientos de mujer, con sus más puros ideales y su más constante energía, aspira a establecer una solidaridad sincera de las señoras residentes en el país, promoviendo todo lo que pueda unir las, a fin de orientarse hacia un mismo objetivo de alta moralidad y de femenina beneficencia.

Con este fin, el programa confeccionado para 1917 comprenderá:

a) Dos conferencias mensuales fijas, sobre temas de interés social y de positiva utilidad práctica. El Directorio se propone coleccionar dichas conferencias y publicarlas a fin de año para distribuirlas entre las socias.

b) Dos audiciones musicales o notas artísticas escogidas que se procurará realizar con elementos del país.

c) El club tendrá también a disposición de las socias todos los diarios y revistas principales de Santiago y del extranjero; biblioteca propia y sucursal de la Biblioteca Nacional; té diariamente de 4 a 6 de la tarde. Desde Abril para adelante tendrá también guía de doctores, de modas y de cuanto pueda interesar a todas las señoras.

d) Habrá 2 clases semanales: de historia literaria, de literatura francesa, de higiene, de arte decorativo, de idiomas, de baile, etc. Estas clases tendrán los mejores profesores y los precios de las socias serán en extremo módicos.

Cuota para las socias del Club de Señoras que entren en 1917:

En Santiago, cuota de introducción para señoras \$ 200.

En Santiago, cuota de introducción para señoritas \$ 100.

Cuota anual \$ 100 para una y otras.

Para provincias, cuota de introducción para señoras, \$ 100.

Para provincias, cuota de introducción para señoritas, \$ 50.

Cuota anual \$ 50 para una y otras.



El Club de Señoras aspira a hacer de la Madre

Una grande escuela

(El pensamiento de un gran filósofo)

¿Quién educa verdaderamente al niño en la humanidad? ¿Quién tiene ese divino ministerio? La madre. Ella es la profetisa que prevee la vida por venir y la sibila que sondea los misterios del espíritu y la musa que lleva al corazón las inspiraciones humanas y la maga que llena de leyendas piadosas y suaves toda nuestra fantasía, y la sacerdotisa que levanta la conciencia a las regiones del infinito; desde el momento en que siente su hijo en las entrañas, parece como que el espíritu y la naturaleza se revelan a su mente para ayudarla en su divino ministerio; y así apropia todas las ideas a la inteligencia del niño, de la misma suerte que el ave cincela todos los agrestes objetos cogidos en su pico para formar el blando nido de sus amados hijuelos.


Sabe la madre instintivamente la higiene con que ha de preservar a su hijo de las inclemencias del mundo, la medicina con que ha de curarlo en sus continuas enfermedades, la moral con que ha de sostenerlo en sus futuros combates, la literatura con que ha de embellecer sus días y con que ha de calmar sus tempestades, la religión que ha de convertirle en sér superior a los demás seres de la naturaleza y ha de abismarle en el seno de lo infinito; cuanto necesita el pequeñuelo en sus primeros años lo lleva su madre en la inteligencia, como lleva en los pechos su único alimento.

Hagamos de la escuela una madre.



He ahí el pensamiento del Club de Señoras de Santiago de Chile.





La cultura triunfa sobre las discusiones estériles.

I

La prensa europea nos ha referido hace pocos días el fin natural de monsieur Augusto Rodin, uno de los escultores más distinguidos de la Francia contemporánea que dió a su arte hermosas orientaciones imprimiéndole su propia personalidad.

La relación de sus eminentes cualidades hecha por los diarios y revistas del Viejo Continente viene precedida de sus más hermosos y originales pensamientos sobresaliendo entre todos aquel que lo hizo prescindir absolutamente de las ideas de la vieja escuela.

He aquí ese ruidoso pensamiento que traza el principio de sus innovaciones:

Cuando un hombre por conquistarse miles de cabezas se ciñe a las ideas de los demás, ese hombre pierde completamente su independencia y su personalidad.

Así mismo debieron de haber dicho para sí las ilustres señoras de la Sociedad de Santiago, (y muy en particular doña Delia Matte de Izquierdo) que echaron las bases de la fundación del Club de Señoras cuando de entre las numerosas contradicciones nació firme la resolución de dar cima a aquel bellísimo pensamiento

sin tomar en consideración el inmenso torbellino de voces femeninas que combatía con argumentos vulgares y propios de las almas en ciernes la creación de un centro cuyos nobles fines no deseaban ni querían comprender las que siempre habían maldecido el *Club de la Unión* de Santiago considerándolo foco de perdición de sus maridos, y las que siempre habían sostenido de que un Club es una casa en donde se habla mal de la sociedad, se arruinan las fortunas, se comprometen las reputaciones y se bebe sin tregua. Parece que jamás habían aceptado las explicaciones que varias personas hábiles les habían dado con el fin de arrancar de sus sienes tan peregrinas ideas. Un Club no podía, según ellas, fundarse sino con siniestros fines. Es muy probable que esta ignorancia se encontrara reforzada con la siniestra sombra del *Club de las Cachetonas*, cuyo recuerdo no se ha extinguido aún y el que sobrevive causando terror en aquellos séres devotos y en esas almas severamente pulidas por la ley espantosa que regía los actos de la santa y formidable hoguera de la augusta y humana Inquisición.

No obstante de hallarse abrazadas hasta la insolación por el calor de este bello candor existía en lo más recóndito de sus blancas almas una nobilísima emulación nacida y desarrollada con sus más delicadas garras: *los Honores de la Presidencia*.

Pero dicen que este deseo tan natural entre mujeres que actúan en un radio estrecho, que no ha recibido todavía el beso ardiente del sol de la libertad fué traidoramente desvanecido por el genio agudo de alguien que parodiando a don Domingo Santa María el egregio Jefe de Estado que gobernó a Chile en las postrimerías de nuestra guerra con el Perú y Bolivia que de un modo análogo como el empleado por aquella persona a que hemos aludido se expresó ante un núcleo de damas que le pedía ciertas garantías para la Religión, les dijo graciosamente:

Pues bien que presida la de más edad.

Como ya comprenderán nuestros lectores el silencio

absoluto de aquellos labios no se hizo esperar. Hubo demudación de todos los semblantes, atragantamientos de gargantas y mascullamientos de frases incoherentes. Todo esto era un signo evidente de terror, de indignación, de ira, de espanto y de admiración que revolucionó en silencio todas las almas, dejando a los acontecimientos naturales de la fundación del Club el honor del escrutinio.

Pero el pensamiento de Augusto Rodin pudo más que todo y el Club de Señoras nació a la vida en una linda tarde otoñal de 1916, en que celebró su primera reunión con un directorio que desafiaba varonilmente todas las tempestades provocadas por las ingenuas emulaciones femeninas.

Ese Directorio se compuso así:

Presidenta honoraria, Luisa Lynch de Gormaz.

Presidenta, Délia Matte de Izquierdo.

Vice-Pres. Bernarda Bravo de Larraín.

Directora, Adelaida Cood de Guerrero.

» Inés Echeverría de Larraín.

» Fresia Manterola de Serrano.

» Flora Yañez de Echeverría.

» Raquel Délano de Sierra.

Secretaria, Adela Rodríguez de Rivadeneyra.

Pro-Secretaria, Elena Edwards de López-Pérez.

Tesorera, Manuela Herboso España de Vicuña.

La vida intensa del Club.

II

El Club se encuentra instalado en un barrio centralísimo de la capital: en la calle de *Los Huérfanos* a pocos pasos del Cerro de Santa Lucía, en el punto donde se hallaba en otros tiempos el *faubourg* de la aristocracia. A uno de sus costados existe el Banco *Anglo Sud Americano* y al frente la grandiosa casa comercial de *Gath y Chávez* instalada en la monumental *Galería Beeche*.

La casa del Club es arrendada y sus directoras y socias han contribuído a su confort con su generosidad proverbial haciéndole artísticas donaciones. Magníficos espejos, bellísimas estatuas, variadas pinturas, ricos tapices, y muebles de estilo antiguo y moderno han servido para adornar el espacioso hall, la sala de conferencias y representaciones teatrales, la Secretaría, el Círculo de Lectura, sala de toilette etc.

En él se han dado numerosas conferencias relacionadas con diversas materias. Han sido siempre muy del gusto de las socias aquellas que hacen referencias a los avances del feminismo, por cuya razón no son pocas las que se han dado relacionadas con este asunto.

El Directorio ha tenido un cuidado especial en elegir los hombre y señoras que en conformidad a los estatutos deben de cumplir con aquel encargo. Y al efecto por el proscenio han pasado perfumando los ámbitos del Club personalidades tan distinguidas e inteligentes como el Doctor don Rosario Traina; el Senador don Arturo Alesandri; el Director de *El Mercurio* don Guillermo Pérez de Arce; el Director del *Pacífico Magazine* don Armando Donoso; la Señora Inés Echeverría de Larraín; la Señorita Elvira Santa Cruz Ossa; el escritor argentino don Manuel Ugarte; la Señora Adela Rodrí-

guez de Rivadeneira; la Señora Elena Edwards de López-Pérez; el Exmo. Sr. Ministro de Bolivia D. Claudio Pini-lla, quien leyó un estudio sobre «Soledad», de la poetiza boliviana Srta. Adela Zamudio; el Sr. Encargado de Ne-gocios de Méjico D. Manuel García Jurado, sobre la situación de la mujer en su país, y sobre poesía; el Sr. Encargado de Negocios del Uruguay D. Víctor M. Garrió, sobre «El bosque y el torrente», libro de que es autor; el Sr. Embajador del Uruguay, D. Miguel Muñoz, amena charla literaria; el Dr. D. Lucas Sierra, sobre «Bases de la Higiene moderna»; el Doctor D. Oscar Fontecilla, sobre el sistema nervioso; el Doc-tor D. Giovanni Noé, sobre «La ciencia y los senti-mientos humanitarios»; el Dr. D. Mamerto Cádiz, sobre los bacterios útiles; la Dra. Srta. Ernestina Pérez, sobre ley de residencia; D. Juan de Dios Vergara Salvá, so-bre las reformas con que puede mejorarse la condición civil de la mujer; D. Samuel Lillo, declamación de her-mosas poesías inéditas; D. Carlos Vicuña Mackenna, sobre precedencia del matrimonio civil al religioso; D. Al-berto Mackenna S., sobre el Club y su formación; y mu-chísimos otros cuyos nombres sentimos sinceramente no mencionar pues la memoria del que estas páginas ha escrito ha cometido la herejía de olvidarlos, reteniendo únicamente los de aquellos a cuyas Conferencias asistió.

El gran salón en donde se han verificado estos her-mosos actos literarios ha acogido también en su seno a muchos y muy eminentes discípulos de Wagner y Mozart y por no poder citar a todos estos generadores de una segunda vida del espíritu porque sus hermosos nombres se han ido de mi memoria junto con las notas de su música, recordaremos a la muy gentil y hermosa Señora doña Gabriela Sánchez de Valdés, a García Guerrero, a Rengifo, a Enrique Caro, Señora Gracioli, Señorita Pellizari, Sres. Carlos Silva Cruz, Casanova y Sergio Figueroa Arrieta; que han conquistado los aplausos más ruidosos cuando han llegado hasta el Club desarrollando sus bellas dotes artísticas.

Además de tener lugar estas audiciones, existen



Señora Adela Rodríguez de Rivadeneyra
Secretaria del Club de Señoras.

también clases de Literatura Francesa; de Historia Literaria; de higiene; de arte decorativo; de modas, de bailes y lenguas extranjeras, asignaturas estas desempeñadas por hábiles maestros.

Para el fomento de la instrucción el Club se halla suscripto a todos los diarios de Santiago, y a los más importantes de Provincias; y a todas las revistas de Sud América y del Viejo Mundo.

En el número de los festejos oficiales hechos a los Embajadores que en Setiembre último visitaron a Santiago, figuró una recepción social que resultó por su esplendor, digna de los distinguidos huéspedes.

Eximios artistas, como María Guerrero y Díaz de Mendoza, Andrés Brulé, Mme. Suzanne Deprés, M. Lugué—Poé, Maurice Dumesnil, María Carreras, Pedro Navia y muchos otros han dejado huellas imborrables de su paso por la institución.

Ultimamente se ha construído un elegante teatro. Lo estrenó la señorita Elvira Santa Cruz, autora conocida en las letras con el nombre de «Roxane», con la pieza titulada «La Familia Busquillas», cuyas primeras representaciones atrayeron cuanto de más distinguido tiene nuestro mundo social. Varias otras obritas clásicas estan ya en ensayo para el próximo año.

Las diversas clases que se hacen han tenido buena y constante asistencia. Entre los diversos ramos enseñados figuran, como ya lo hemos expresado, el inglés, el francés, la dicción francesa. Ultimamente ha iniciado una de piano el Dr. Alberto García Guerrero. Ha tenido la de Historia Literaria D. Ricardo Dávila Silva, que es conocido en el mundo de las letras con el nombre de «Leo Par». Estas clases son dadas en forma de conferencias que merecerían ser pronunciadas en la Universidad más exigente.

La institución cuenta ya con doscientas socias de lo más distinguida de la sociedad. Respecto al ideal superior de cultura que persiguen, el Club empieza ya a ver coronados sus esfuerzos, pues varias damas de las principales ciudades del país han solicitado copias de las

conferencias dictadas para hacerlas leer en distinguidos centros.

Esta extensión no puede ser más halagüeña para el tenaz e infatigable Directorio que por ello merece el más sincero y cordial aplauso.

No creeríamos rendir un homenaje de sincero respeto a los brillantes esfuerzos de las señoras fundadoras si omitiéramos insertar en estas páginas algunos de los escritos y pensamientos leídos y desarrollados a la sombra del noble Centro; es por ello que reproducimos los estudios que nuestros lectores hallarán más abajo:

FEMINISMO

*

Si al estallar la guerra europea el fermento feminista no hubiera estado en su período de mayor ebullición, las mujeres del viejo continente acaso no habrían dado al mundo el ejemplo que hoy en día trae asombrada a la humanidad.

Sin tradiciones que orientasen su incipiente organización, se comprende que ellas no acertaran a sustituir con atinado criterio la vida de relativa sujeción de antaño por esa amplia y generosa concepción del futuro que ha de sacudir la rutina de añejos hábitos y preocupaciones, y hacer de la mujer un elemento consciente abierta el alma a la comprensión plena y franca de todo lo que hay de grande, bueno y hermoso en la naturaleza y en el arte, en el mundo del pensamiento como en el de la acción, en el alma de los hombres como en las sociedades fija la mirada en un ideal de progreso, de dignificación del trabajo, de energía de acción.

Que fueron imprudentes las furibundas innovadoras nadie lo duda. Pero de este defecto han adolecido siempre las convulsiones sociales, todos los anhelos de libertad. El advenimiento de un nuevo tipo humano, de una nueva entidad social, vendrá siempre precedido de violencias, de luchas y martirios, hasta que el grupo de

avanzada impone sus ideales, se agranda y domina o bien sucumbe vencido por la inercia de las multitudes.

A aquella rebelión femenina puso oportuno paréntesis la tragedia europea, y esa falange sufragista, que exigía franquicias y derechos atropellando a las veces el orden y la ley, sin trepidar un instante se enlistó en las filas del deber ocupando su puesto de honor en las milicias de la caridad y del trabajo. Y, sabe Dios, si las vicisitudes de la guerra y sus duras lecciones, más que la injusta y tenaz oposición que estimulaba su celo, hará comprender a todas las mujeres del orbe que pueden desarrollar sus ideales de libertad y progreso sin desmedro de las prerrogativas del hombre y encauzar sus tendencias en límites de justicia y cordura.

En rápida ojeada veamos el papel que desempeñan las mujeres, admiremos esa formidable palpitación de la vida femenina en los diferentes países en guerra.

La italiana, ardiente y voluptuosa, por instinto detesta la guerra, pero hoy animada de fiero patriotismo incita al hombre a batirse, y así como ninguna cual ella se abandona toda entera a la pasión, a la alegría de «vivir y amar bajo un cielo siempre azul», así en las horas solemnes de la existencia, en el sacrificio, en el renunciamiento, se entrega también toda entera, estimulada por el sublime ejemplo de sus dos Reinas, ejecuta actos heroicos en los campos de batalla, en ambulancia y hospitales.

La mujer rusa, ferozmente patriótica, engrosa por centenas las filas militares de su patria y sólo desmaya cuando sus jefes al conceer su heroica superchería, pretenden expulsarla del ejército.

La alemana, laboriosa siempre, avezada al trabajo, militarizada hasta en el cumplimiento de los más sublimes deberes, realiza con estoica serenidad actos que asombran al mundo y no encuentra en ello mayor mérito porque así lo manda su Kaiser y su Dios.

La francesa, mujer femenina por excelencia, se levanta hoy día hasta las excelsas cumbres del heroísmo, no por imposición tirana, ni por odio al enemigo, sino

porque ama a su patria por encima de todo. ¡Amor!... he ahí el secreto de su fuerza, el precioso talismán, el grito de guerra de la mujer francesa que en este conflicto se reserva la parte más tierna y dolorosa: la de consolar, alentar y fortificar al sér querido que se aleja o al infeliz que vuelve mutilado.

La parisiense del tango y del café-concert deja el teclado del piano por el dactilógrafo, el bulevar por las oficinas de Bancos y Ministerios, la sala de conferencias por la clínica de hospital, el tocado de moda por la gorra del chaffeur: fábricas, usinas, ferrocarriles, viñedos y sementeras, todo lo invade esa colmena laboriosa que no pierde su ingenio, su espiritualidad y gracia, su encantadora feminidad ni bajo el disfraz masculino, del conductor de trenes, ni bajo el uniforme de la caridad y del trabajo. Heroica, la mujer francesa lo es alegre y elegantemente.

Busquemos ahora a las huestes sufraguistas que convulsionaron Gran Bretaña. En la capital de Escocia, convertidas en ingenieros y mecánicos algunas han fabricado aeroplanos con admirable precisión hasta en el menor detalle; otras invaden por millares las fábricas de municiones y rígidas, impertérritas y perseverantes, preparan explosivos, cargan granadas, convierten el hierro, el cobre y el acero en elementos de destrucción, mientras otras encerradas en laboratorios y clínicas fabrican tóxicos y drogas salvadoras o vendan las heridas del guerrero.

La inglesa ha invadido todas las profesiones así científicas como industriales conservando no obstante su característica ingenuidad.

Entremos a una de esas pavorosas fábricas de municiones en el preciso instante en que la campana señala el descanso meridiano a las mil obrera agrupadas ahí. Las inmensas maquinarias, como al golpe de mágica varilla, detienen simultáneamente el rodaje de sus correas; de cada rincón surgen alegres las muchachas buscando alborozadas las escaleras que conducen a las cantinas. Música y flores, risas y cantos llenan la ex-

tensa sala que les sirve de refectorio. Las jóvenes al dirigirse al mesón en demanda de sus raciones se enlazan en una vuelta de «steps», o entonan cantos populares formando ruidosa algazara. Ni la emulación, ni el cansancio físico, ni la diversidad de clase social, alteran ese franco compañerismo femenino que las estrecha y une en las horas del peligroso trabajo a que dedican sus esfuerzos.

En departamentos anexos a la cantina se encuentran un pequeño Asilo Maternal para los niños de las obreras y el *Shifting room*, suerte de antro de purificación donde la pulcra inglesa se lava, peina y cambia indumentaria antes de regresar al «home».

En todos los países en lucha cuéntanse por millares las víctimas del heroísmo femenino. Tanto en Inglaterra como en el norte de Francia las faenas agrícolas han diezmando a las labradoras que soportan mal las inclemencias del tiempo y sucumben al peso de tareas superiores a sus fuerzas. La nieve de aquellos campos cubre con su frío sudario a esas ignoradas mártires del trabajo.

Rindiendo homenaje a la valentía, al temple de ánimo de sus mujeres, los Gobiernos europeos les han conferido órdenes y condecoraciones especiales. Así en Gran Bretaña pueden verse damas ostentando la orden de «Victoria and Albert», la «Royal red cross», la Orden del Mérito y veinte más; en Francia la cruz de la Legión de Honor, en Alemania la Cruz de Hierro, la Estrella Cruz en Austria, la Orden de Santa Catalina y de San Jorge en Rusia; la medalla del «Valor Militar» en Italia y en España la de Santiago y María, otorgada a las enfermeras que voluntariamente se enlistaron en la Cruz Roja Internacional.

Si recorriendo la historia es indudable que en todas las edades hemos de hallar heroínas que cual Isabel de Inglaterra, Catalina de Rusia, Juana de Arco, etc., engrandecieron o salvaron a su patria; pero un movimiento femenino como el presente, que en todos los países logra sustituir al hombre en sus trabajos, reemplazarle son tal eficacia y energía de acción, es algo

estupendo, trascendental, algo que sólo se debe a la nueva orientación social de la mujer.

En las últimas décadas del pasado siglo, la necesidad de colmar el vacío moral de su existencia infundió en la mujer moderna esos anhelos de asimilación y de cultura que calladamente primero y luego en clamorosa vibración se dilataron por los cuatro ámbitos del mundo. Paulatinamente la influencia innovadora se infiltró en las agrupaciones femeninas que ingresaron de lleno a formar parte del concierto de la civilización.

Estas aspiraciones de libertad y progreso, recién empiezan a encontrar eco en Chile. Aquí existe un deliberado propósito de desnaturalizar esta evolución feminista que algunos juzgan como una usurpación de sus derechos naturales. Que la mujer por sí sola piense, forme sus juicios, adquiera individualidad y desee penetrar en el santuario del arte y de la ciencia es para ellos casi una profanación.

Los partidarios de la mediocridad uniforme, aquellos que miran las cosas por una sola faz, con criterio menguado y egoísta se cuentan en Chile por millares.

Sin embargo, la nota dominante en esta evolución femenina es la nota optimista, llena de confianza, de fe en el ideal, en la eficacia del esfuerzo colectivo cimentado sobre sólida base social.

Aquí donde todo está por hacerse, donde la esfera de acción de la mujer es casi infinita, sólo un necio puede abrigar el temor de que alguien pretenda arrebatarle honores y sus prerrogativas. Por lo demás ellos mismos se han encargado de hacer despreciable la política y el agio: nadie ignora que a menudo el sillón parlamentario se compra, que los empleos se adquieren mediante empeños, y que el cambio está sujeto a especulaciones más o menos fraudulentas.

Entre el hogar, las preocupaciones de la maternidad y el cultivo de su espíritu la mujer tiene un campo más que suficiente para llenar una vida entera. Lo que le hace falta es amplitud de miras, sano juicio para orientarse en la nueva senda de cultura y progreso, su-

primir pretensiones ridículas, rivalidades, mezquinas discordias que enervan ese vivísimo anhelo de rectificación social que vibra en todas partes y que es factor fundamental de esta nueva evolución.

En este país de las inercias eternas, toda iniciativa femenina debería tomarse muy en cuenta, porque ella traduce un esfuerzo superior, un ensueño de arte: siempre un ideal que dignifica la vida.

Esos Asilos Maternales, esas Gotas de Leche atendidas con esmero por la mujer moderna, de seguro que hubieran inspirado escaso interés a nuestras abuelas para quienes los problemas sociales: mortalidad infantil, higiene del pueblo, eran asuntos que no desvelaban su sueño, ni sacudían su modorra intelectual.

En el fondo de todas estas instituciones hay latente un bien entendido feminismo. La misma Liga de Damas Chilenas con sus admirables sindicatos de obreras y su tienda de protección al trabajo femenino; el Club de Señoras centro social ávido de luces y de perfeccionamiento del espíritu; la Escuela de Bellas Artes de Educación Física, los cursos de Pedagogía, están indicando que la mujer ambiciosa extender su influencia y sus conocimientos más allá del radio de su propio hogar.

Que en determinadas circunstancias fallen esos buenos propósitos, que el criterio se falsee e incurran las mujeres en errores, en pretenciosos alardes de ciencia cercanos al ridículo, es natural y aun explicable. Ya lo dijimos al comenzar este artículo: la mujer carece de tradiciones que orienten su organización como personalidades independientes... Para ella no se han hecho las leyes romanas ni los códigos napoleónicos.

ROXANE.

FEMINISMO



En la evolución que venimos observando en estos últimos años, el rol de la mujer también ha cambiado. Sin abandonar el esencial y sagrado que le corresponde como esposa y como madre, la mujer moderna tiende a ser la colaboradora del hombre en su múltiple esfera de acción.

Si se quiere que la mujer se preocupe menos de la moda y más de la vida, es indispensable que se les conceda el más amplio derecho para aprender: el estudio y la cultura son indispensables dentro de la concepción moderna de la vida que creo es la concepción acertada y legítima.

Cuando se tiene el entendimiento más abierto, se levanta el espíritu y el corazón se hace más generoso.

La mujer debe pasar su vida haciendo el mayor bien y siendo lo más útil posible a la humanidad.

El tipo ideal de la mujer moderna no es el de la mujer masculinizada, sino aquel que manifieste en forma más definitiva la consagración del eterno femenino.

La armonía intelectual del hombre y de la mujer constituirán una fuerza nueva de un poder social incalculable.

Corina Cienfuegos de Honorato.



Silveta no me ha pedido a mi una opinión sobre el feminismo, y es raro, porque soy persona muy conocida y se sabe que puedo opinar, sin que mi maridito me lo prohíba... Pero no he de esperar yo la interrogación del señor Director.

No veo por qué el feminismo ha de circunscribirse al derecho de aprender. ¡Vaya! para esto no se necesita



Señora Luisa Lynch de Gormaz
Presidenta honoraria del Club de Señoras.

hablar de feminismo. Nó, señor. Yo quiero que las mujeres que sean capaces, vayan a las Cámaras y ocupen los Ministerios y los altos puestos de Gobierno y se preocupen de cosas más trascendentales que los quidados caseros o las reuniones sociales; y quiero que las mujeres tengan las garantías que tienen los hombres.

¿Quién soy yo?

Como, sin duda, Ud. y mucha gente me van a considerar sin cabeza, le envío la mitad de ella en la que van mis ojos que es lo mejor que tengo...

Señora X.

FEMINISMO



En este movimiento de reivindicación de su sexo, que las mujeres han iniciado en los últimos años, así en Europa como en América, hay dos maneras de él, que yo diría el feminismo teórico y el feminismo militante.

El feminismo militante es aquel por virtud del cual las mujeres pretenden la igualdad de hecho y de derecho con el hombre. El feminismo teórico es aquel por el cual las mujeres aspiran a la igualdad jurídica de los sexos.

No creo que nadie haya establecido estas delimitaciones, pero la realidad de las cosas las determina evidentemente así.

El feminismo militante es absurdo. Pretender las mujeres una igualdad absoluta de condición con el hombre es una cosa tan absurda como fuera ridícula la pretensión del hombre de equipararse en todo con la mujer. Las leyes de la naturaleza son, han sido y serán el eterno fundamento de toda organización humana. Y así como físicamente los dos sexos son distintos, la diferencia

tiene que ser esencial en todos los órdenes de la vida entre ambos.

La invasión por la mujer en las esferas privativas del hombre es una cosa contra la naturaleza. Aunque haya hombres débiles y existan mujeres fuertes, la exageración de ambas cosas lleva al extremo de la anormalidad. Tan desagradables son las mujeres marimachos como nos son repulsivos los hombres afeminados.

Quédese cada sexo con los atributos que la naturaleza les dió. Pero cese el despotismo que, a título de fuerza y ejercitado violentamente, ha hecho que el hombre reduzca los derechos legítimos de la mujer, condenándola a una odiosa condición de inferioridad y, lo que es peor aún, de incapacidad. Garantir los derechos de la mujer contra la egoísta absorción de los hombres, muchos de ellos inferiores, moralmente e intelectualmente a la mujer, es una noble empresa en la que las mujeres tendrán en todo momento la simpatía de los hombres verdaderos.

EL MARQUÉS DE DOSFUENTES.



Centro Social Moderno

Hablan nuestros historiadores del pánico indescriptible que sobrecogió a los indígenas cuando arribaron a Chile los primeros jinetes españoles; dicen que en el primer momento aquellos les creyeron seres sobrenaturales. Algo parecido aconteció a los timoratos santiaguinos cuando supieron que un grupo de damas organizaba un ¡Club!... El pánico fué indecible, holgaron los comentarios malévolos, se susurraban horrores y por cierto que no faltaron los anónimos insultantes. Pero pronto, como los indígenas de nuestra historia advirtieron que no había motivo para tal asombro, paulatinamente cesó el sobresalto y aunque con restricciones ma-

teriales y mentales por fin hubieron de habituarse al nuevo estado de cosas.

Pero si bien es concebible el pánico de un *mapuche* ante el jinete que a sus ojos semejara un super hombre, no lo es el de algunos miembros de esta sociedad cuyo habitual comercio con los centros más progresistas del orbe pudo hacerle ver que esta nueva institución femenina, que tal alarma produjera entre ellos, existía ya en casi todos los países civilizados, y ejercía por doquiera provechosa y benéfica influencia en el espíritu de la mujer moderna.

En París existe desde años atrás una institución análoga a nuestro Club de Señoras: *Les Dames de France*, cuya presidenta es la condesa de Duzes. En diez años de labor y habiendo iniciado su empresa con sólo ocho mil francos de capital, esta institución posee actualmente un soberbio edificio en los Campos Elíseos, algunas sucursales y grandes almacenes donde se exhiben los más variados artefactos de la prolijidad femenina. Encierra aquel vastísimo recinto secciones destinadas a la literatura, a las artes, a la música; grandes bibliotecas para las jóvenes y numerosas sociedades de beneficencia encaminadas a proteger a la mujer obrera y a estimular en ella la honradez y el amor al trabajo.

En Buenos Aires el Consejo Nacional de Mujeres, instituido y presidido por la señora Dolores Lavalle de Lavalle, comenzó por fundar la primera Escuela Profesional de Mujeres, noble iniciativa secundada brillantemente por el Gobierno Argentino. Hoy en día esas damas se dedican a fines de mayor cultura e intelectualidad. Su sala de conferencias es frecuentada por todos los eruditos y literatos eminentes que visiten la capital del Plata. Ahí se efectúa anualmente la hermosa «Fiesta del Libro»; se hacen variados certámenes literarios y se propaga la buena lectura entre las clases obreras.

En Uruguay, la simpática institución denominada *Entre nous* ha sabido armonizar los fines culturales de la mujer con la benéfica y caritativa acción de sus gentiles socias.

En Estados Unidos de América existen al presente cuatrocientos Clubs de Mujeres; algunos de ellos cuentan con cuatro mil y más socias. Ultimamente hemos tenido el agrado de saber que las profesoras de Estado enviadas por nuestro Gobierno a las Universidades norteamericanas encuentran en esos Clubs un precioso remedo del hogar que dejaron en su tierra.

Nuestro Club de Señoras fundado en el año de 1916 está formado por un Directorio cuya presidenta honoraria es la Señora Luisa Lynch de Gormaz, presidenta efectiva doña Delia Matte de Izquierdo, secretaria doña Adela Rodríguez de Rivadeneira, pro-secretaria doña Elena Edwards de López, tesorera doña Manuela Herboso de Vicuña, directoras señoras Fresia Manterola de Serrano, Raquel Délano de Sierra, Beatriz Bravo de Larraín, Flora Yáñez de Echeverría, alrededor de doscientas socias contribuyentes y algunas honorarias.

El Club de Señoras es ante todo un Centro de cultura y sociabilidad para las socias y constituye un hogar común donde desarrollan sus ideas y en amistosa charla sacuden a las veces la monótona rutina de las minucias domésticas. En tantos días y años iguales ¿por qué negarles el derecho de levantar un poco el pensamiento sobre el gris de la obligación invariable?... Por su espaciosa sala de conferencias desfilaron, en los últimos meses del año, notables estadistas, poetas, literatos y hombres de ciencia tales como Goldmith, Marquina, Pinilla, Edwards, Koenig y tantos otros; la elegante sala de Exposiciones exhibió donosamente los finos pasteles de Cousiño, los paisajes de Backaus, algunas caricaturas artísticas y una linda colección de arte decorativo.

Tanto las audiciones musicales como esas inolvidables tardes literarias han ejercido una influencia decisiva en el desarrollo artístico e intelectual de nuestras damas.

Cultura, utilidad y agrado, he ahí en síntesis el programa, la misión del Club de Señoras.

ROXANE.

Una recepción social.

LA DE BRULÉ Y SU SENORA.

III

Con el fin de cumplir con aquel punto del programa que manda desarrollar intensamente el espíritu de sociabilidad permitiendo entre las señoras la comunicación de los espíritus, la conversación elevada, la cultura en las actitudes, la elección de los trajes, el pulimento de las costumbres, la amplitud del criterio, la admiración por el talento, la belleza, la música, la literatura, tienen frecuentemente lugar en los salones del Club *receptions* muy distinguidas que elevan inmensamente la cultura de la mujer de sociedad. Estas *receptions* han sido por lo general dedicadas a los eminentes viajeros que nos han visitado después de la fundación, y a los diplomáticos que se han alejado del seno de la Patria para desempeñar sus altas funciones en Europa o en la América Latina.

Brulé, el gran actor, fué recibido en el *Invierno* último con los mayores honores.

Me encontré presente a este acto y no lo olvidaré jamás por varias razones.

Las señoras rodearon al eminente hombre de Teatro con la más exquisita curiosidad, lo que agradeció Brulé con aquella amanerada y elegante cortesía francesa que le conquistó tantas simpatías.

El Actor fué presentado a varias señoras y señoritas de la aristocracia entre las que hay muchísimas muy intelectuales que manejan diestramente el idioma del artista. Claro es que al lado de aquellas había otras tantas que todo lo ignoraban y que sólo brillaban por la *pose* que en muchos casos comunica a las personas no se qué de eminente aunque el cerebro se halle com-

pletamente vacío. Y éstas que no querían ser menos que las otras, hablaban graciosamente un malísimo francés cuya entonación, se perdía felizmente entre el barullo de las voces y los sorbos del espumoso chocolate que hacían cientos de personas y el manejo admirable que de aquel idioma, que comenzó a pulirse severamente en la Corte de Luis XIII, hacía doña Inés Echeverría. Iris salvó el honor de nuestras *francesas a la negligee*.

El que que esto escribe fué mudo espectador en aquella soiree de imperecederos recuerdos. Seguí a todas con tranquilidad; sus actitudes y gestos quedaron profundamente grabados en mi memoria sobre todo el de aquellas que tenían *poses* académicas sin tener aún el diploma que les confiere tal honor.

No olvidaré jamás este pasaje: habiéndosele caído la la cuchara a Brulé, alguien la cogió graciosamente, la puso en el platillo y profirió la conocida expresión de la *Jarretera* vertida a raíz de la colocación de una liga en la Corte de Inglaterra, creyendo que ella estaba acorde con el acto que acababa de consumir. Para felicidad del que la dijo ella se perdió para siempre en el barullo inmenso formado por las voces de las que rodeaban al actor haciéndole una rueda semejante a la que los indios le forman en el Sur a un hombre blanco.

El ilustre actor departió gentilmente con doña Delia Matte de Izquierdo alma y gloria del Club; con doña Inés Echeverría de Larraín la que recibió de sus abuelos en herencia los fulgores de su talento; con doña Adela Rodríguez de Rivadeneyra la distinguida traductora de eminentes obras filosóficas; con la señorita Josefina Martínez de Ferrari la que ha anunciado para después de la guerra el advenimiento de los *super-hombres*; con doña Luisa Lynch de Gormaz cuya espléndida belleza paseó tantos años por Europa, conquistando al mismo tiempo la instrucción que sirve de base a su inmenso prestigio y al Club de que es presidenta honoraria; con doña Elena Edwards de López-Pérez joven graciosa, hábil e ilustrada; con Delia Izquierdo de Reyes y Raquel Izquierdo Matte los encantos de la sociedad;

con Elvira Santa Cruz Ossa; con el Marqués de Dos Fuentes; con Inés, Rebeca y Luz Larraín Echeverría; con Cristina Barros Vicuña; con Luisa, Josefina e Inés Matte Amunátegui; con Adolfo Mujica Diez de Bonilla; con María Luisa Edwards de Lyon; con don Claudio Pinilla Ministro de Bolivia; con Eduardo Fernández Vicuña; con Blanca Wilms de Fernández; con Rosita y Marta Matte Larraín; con Ismael Valdés Alfonso; con Berta y Carolina Zañartu Larraín; con don Paulino Alfonso; con Inés Arrieta de Figueroa; con Anita Matte de García de la Huerta; con Enrique Aldunate Larraín; con don Arturo Alessandri; con don Rosario Traina; con Lucía Bulnes de Vergara; con Adriana Figueroa Arrieta; con Augusto Izquierdo Matte; con Isabel y Blanca Peñafiel Gundelach; con Enriqueta Vergara de Scroggie; con María Peñafiel de Zañartu; con Carmela Prieto de Martínez De Ferrari; con Constanza Lamotte Du Portail; con Hernán Zañartu Urrutia; con Arturo Matte Larraín; con María Cristina Vicuña de Barros; con don Augusto Aguirre Aparicio Ministro del Ecuador; con Sara del Campo de Montt; con Lucía Larraín Zañartu; con Isabel Balmaceda de Viel; con Rosa Elvira Matte Hurtado; con Lucía y Primitiva Prieto Concha; con Victoria Larraín de Zañartu; con Mr. Stronge Ministro de Inglaterra; con el Embajador de los Estados Unidos; con Patricio Vicuña Subercaseaux; con Alvaro Santa María Cerveró; con Carlos Morla Lynch; con el Ministro de Francia; con el Marqués de Montagliari Ministro de Italia; con los Ministros de Argentina, España, Uruguay y Brasil; y con muchísimas otras de las que el actor debe de guardar recuerdos muy agradables.

Una carta

por la que se juzga al Directorio.

IV

Una Señora de gran prestigio me dirigió en Setiembre último una amable carta por medio de la cual me pide una opinión del Directorio. Solamente en Diciembre pude cumplir con aquella dama a causa de hallarme muy atareado con la biografía de un hombre público que pasó por la vida de Chile hace porción de años.

He aquí mi contestación:

Santiago, Diciembre 20 de 1917.

Señora Doña..

Presente

Señora de todo mi respeto:

Desde Setiembre a esta parte he vivido de las impresiones de su muy interesante carta, en la que entre varias cosas me habla del Directorio del Club de Señoras pidiéndome al mismo tiempo una opinión acerca de las personas que lo componen.

El encargo es para mí felizmente muy grato, por cuanto que dicho Directorio se encuentra formado por señoras a quienes nada tenemos que criticar porque sus procederes son irreprochables, y por consiguiente no hay gran trabajo en describir sus personalidades. Sus actos son tan brillantes como la luz del día y su obra social tan bella y fructífera como las de aquellas matronas ilustres que han pasado por la vida legando a la *Historia de la Sociedad* recuerdos de virtudes inagotables que han servido y servirán de pedestal a todas las más brillantes instituciones sociales que deben su organización al feminismo.



Señora Fresia Manterola de Serrano
Miembro del Directorio del Club.

Ud. señora que monopoliza todos mis pensamientos, que me ha dispensado el honor inmerecido de su amistad con aquella elevada distinción que tanto la ha caracterizado, va a oír en seguida el juicio formulado por mí acerca de las señoras del *Directorio*.

Hubiera querido dar una opinión sobre cada una, es decir, emitir un juicio particular, pero ello me es imposible por cuanto no a todos he tratado tan íntimamente como a aquellas de quienes voy a hablar a continuación:



Señora Delia Matte de Izquierdo

Tengo de esta dama el más hermoso concepto.

La creo de entre las de la sociedad la más preparada para conocer su sicología. Su inteligencia vivísima y su profunda sociabilidad la han colocado en esta situación. Sabe del interior del espíritu humano como sabe un eminente naturalista de las entrañas de los cuerpos. No ignora los vaivenes del alma y con indulgencia gentil ayuda a librar del naufragio a aquellos que hacen supremos esfuerzos por revestirse de condiciones que la naturaleza no les concedió, lo cual hace con delicadeza sin exponerlas a la burla de los irónicos.

Su inmensa cultura, su amplia inteligencia fortalecidos por la inmaculada herencia de virtudes incontestables que recibiera de un padre y de una madre que vivieron en una época en que el modernismo no se había apoderado todavía de la austeridad de nuestros hábitos coloniales, le han dado entre las de su rango un puesto único. Posee atractivos físicos, intelectuales y morales que pueden conquistar miles de corazones; una generosa indulgencia que sabe calificar de *deslices inconscientes* los errores de la sociedad y una nobleza inmortal que le da la virtud de unir estrechamente a todas las jerarquías mirando sólo hacia el fondo del alma.

Está adornada de una imaginación especial. No es la imaginación de la mujer ilusa; no es la imaginación de la que ha experimentado un naufragio social; no es la imaginación de la que da origen a creaciones malsanas que lo conducen todo a un abismo. Es la imaginación de la mujer sobre cuya sienes la Providencia puso a manera de una aureola purísima una hermosa inteligencia.

Poseyendo un carácter bastante independiente ha roto ligaduras que la ataban por tradición a vulgares preocupaciones; pero esta independencia de carácter no la ha inducido jamás a romper con todo aquello que forma y formará siempre el pedestal más sólido de la sociedad.

Ciñendose a esta elevada y sana inspiración tiene sombreros especiales, trajes hermosamente fantásticos, conversaciones únicas, gestos y actitudes que la colocan en el rango de los seres que marchan a la vanguardia de la civilización. Ella se exhibe en la sociedad como quiere, tiene la facilidad de las transformaciones y en la mayoría de las veces se nos presenta como una Reina.

Es nerviosa por temperamento y vehemente como las imaginaciones infinitamente creadoras. Creo que esto le ha hecho un poco de daño. En muchos pasos que ha dado ha dejado la obra sin concluir. Me refiero especialmente a aquel de los rumbos dados a su instrucción personal. Sin estos achaques que son inherentes al tipo de sociedad pudo haber sacado de su aprendizaje una ventaja mucho mayor ya que recibió en dote del Cielo una inteligencia y una energía muy superiores. Amante de la filosofía, investigadora de la verdad científica como corresponde a los seres que no quieren vivir en un caos confundiendo lo lógico con lo irracional conoce casi todos los géneos literarios más eminentes que el Universo ha producido, pero de sus obras no ha sacado todo el provecho que a muchos les parece que lo ha obtenido completo. No ha concedido a su espíritu todo el tiempo necesario para fortificarse

en la lectura de aquellas obras porque cierto hastío de mujer la induce a pasar rápidamente de un autor a otro. Con poco que lea se encuentra muy abastecida y suficientemente preparada para dar cima a aquellos asuntos que es muy probable que los pueda dilucidar, pero que a mi juicio requieren un mayor estudio. Pero esto no es general. Esta actitud la ha observado sólo con ciertos filósofos que sin duda no son sus favoritos.

Insertamos a continuación y como una prueba de la cultura de Delia Matte una entrevista muy significativa que el distinguido literato Señor Don Tomás Gatica Martínez tuvo con aquella Dama, y la que se publicó en el N.º 6 de «Silueta Magazine» del presente año.

Oigamos al distinguido publicista y a la Presidenta del Club de Señoras:

Existen, sin duda, dos clases de feminismo: uno que, a mi ver, es la suplantación del sexo, porque es el feminismo de las *misses* que van a salto de mata y que pelean la libertad de sufragio y que paladean el whisky y son puños diestros hasta en un *match* a veinte *rounds*; y ese feminismo se me antoja una burla jugada a la mujer que siempre estará mejor en el balcón prendido de enredaderas, o columpiando la cuna de su hijo, que perorando entre el abochornado fragor de una asamblea política. Otro feminismo, y si el nombre fuera motivo de escándalo, podría sustituirse, es el que tiende a disputar al hombre el derecho de estudiar, de ilustrarse, de nutrirse de todos los conocimientos que forman una cultura efectiva, y el derecho, también, de constituir una personalidad propia: un feminismo que casi equivale al simple y trascendente concepto de ser, porque quien no sienta la entidad moral de su vida, quien no se perciba individual y distinto entre la comunidad humana, no tiene derecho a ser...

Y este último es el feminismo que representa hoy en Chile la bella institución del Club de Señoras, afianzada va en forma definitiva mediante los afanes tan nobles como tenaces de un grupo de damas de

alto espíritu que han sabido desafiar y vencer los primeros e inevitables escollos de toda obra de esfuerzo.

Y el Club de Señoras entra ya a su segundo año de vida.

*
* *

En el tibio rincón de una sala muy simpática, muy confortable y muy *chic* nos recibe amablemente la distinguida presidenta del Club, señora Delia Matte de Izquierdo.

Junto a la estufa que esparce reflejos metálicos de oro y de violeta, hay varias señoras que se arrellanan en la grata pereza de una charla íntima.

Vamos a saber lo que hace y lo que proyecta hacer el Club de Señoras durante su segundo año de vida.

—Como Vds. ven, nos dice la señora Matte, aquí hay ambiente de hogar; y esto llena ya uno de los principales motivos del Club: estrechar la amistad, compartiendo más íntimamente los mismos ideales, desprendiéndonos un poco del frío formulario de las visitas de etiqueta...

—Tiene Vd. razón, señora; esto da la idea de un verdadero hogar.

—Aquí llegamos todas, sabiendo que llegamos a nuestra casa y a una casa que ya queremos todas, porque a ella se está vinculando nuestra vida.

—¿Y qué otro motivo práctico se ha dado al Club?

—¡Ah, nuestro Club no es de simple entretenimiento como los clubs masculinos. Nuestro Club tiene importantísimos cursos de enseñanza; y entre estos debo citar el de Historia de la Literatura, a cargo del señor Dávila que nos da una clase muy interesante: el señor Dávila es un hombre de vasta erudición.

El curso de francés, servido por Madame Villeneuve, nos resulta igualmente magnífico, y tan espléndidas como práctica las clases de higiene que el doctor Sierra tiene la bondad de ofrecernos, dándonos en forma clara, liviana y concisa, importantísimos preceptos que habrán de sernos de innegable utilidad.

—Pero esto se asemeja más a un Instituto que a un Club, señora.

—«Le nom ne fait pas a la chose»... Ya Uds. ven. Y todavía no he hablado de los cursos de labores, ni de arte... Pero, aquí viene la Secretaria que va ayudarme a completar esta información.

La señora Rodríguez de Rivadeneira que, en su carácter de Secretaria, es el nervio más vibrante del Club, nos sonríe con una bella sonrisa que le hace resplandecer los ojos inteligentes e inquisidores.

—A ver, Adela, concluyamos la confesión, dice la señora Matte: ya he dicho yo lo que se hace... ¡Ah! nó; he dejado en el tintero las conferencias semanales que son siempre interesantísimas y las que de continuo vienen a darnos algunos escritores ilustres, tanto nacionales como extranjeros...

—Bueno, insinúa la Secretaria; Ud. lo ha dicho todo, misiá Delia...

—Pero el señor quiere conocer nuestros proyectos...

—¡Ah! exclama entusiasmada la señora Rodríguez, en cuanto a proyectos tenemos muchos y muy hermosos; pero los medios de realizarlos...

—Para quienes han logrado establecer en Santiago éste, parece que no habrá proyecto que las haga vacilar, ni dificultades que no puedan vencer.

La Presidenta y la Secretaria se miran comprensivamente y sonríen...

—Uno de los proyectos es conseguir que se pensione en el extranjero a niñas y niños que demuestren aptitudes especiales, a fin de que vuelvan con la preparación necesaria para difundir aquí sus conocimientos y ganarse la vida...

—Muy hermoso proyecto...

Y, ... con este solo proyecto que lográramos realizar en este año; se colmarían nuestras mejores esperanzas...

Salimos. En la calle, el frío nos pellizcó fuertemente, y nos hizo recordar con envidia aquella estufa que esparcía reflejos metálicos de oro y de violeta.

Señora Inés Echeverría de Barrain

Si se me permite una confianza diré que Inés me parece más encantadora leyéndola que oyéndola. Pero esto no es general. Es imposible que deje de seducirnos el trato de un sér tan superior. Es indudable que en este caso existe una relación estrecha entre lo invisible y lo visible. Creo que estoy en un error. Ciertamente que doña Inés es de todos modos muy atractiva. Su cabeza casi siempre coronada por esa *toca* que tan bien le sienta me ha hecho recordar, cuando estoy cerca de ella, a Isabel de Rumania la graciosa Reina que bajo el nombre de Carmen Sylva escribió páginas muy hermosas y románticas que revelaban el temperamento de la Soberana de un país diminuto que ha aguzado no obstante de esto por espacio de decenas de años el genio de los Diplomáticos; sugerido reformas al Derecho Internacional y encendido la más horrorosa de las hogueras: la guerra que hoy consume al Viejo Mundo, al continente de nuestras libertades, de nuestros pensamientos, de nuestras artes, y de todas las nobles y generales evoluciones.

Doña Inés lleva muy bien esa *toca* que en ciertas personas es el distintivo del genio. Su abuela doña *Rosario Reyes de Bello* la suegra de don *Augusto Matte*, cuando recibía a sus relaciones en la señorial morada de que era dueño su hijo político en la calle de la Catedral frente al *Congreso Nacional* y a pocos pasos del *Templo Metropolitano*, cubría en esa misma forma sus cenicientos cabellos, quedando de esta manera en la posición de aquellas francesas brillantes que revolucionaron a ciertos círculos de París con sus *saraos literarios* y que se denominaron: Madame de Sevigne, de Staël, de Roland y Carlota Corday la *ilustre* matadora del horrendo Marat.

La nieta tiene con la abuela muchos puntos de contacto. Sin dejar de medir la distancia que separa la época en que aquélla vivió y la en que ésta vive, se

nota no obstante mucha semejanza. La herencia no se desvanece jamás; puede ser que la mayor cultura de la persona alcanzada también en una época de mayor cultura cubran la desnudez de ciertas condiciones del carácter presentándolas revestidas con las galas de la civilización más intensa; presentándolas más dulces, menos abruptas, más suaves, menos hirientes. Y cuando la nieta ha creído corresponder a la herencia sellando sus labios con alguna expresión bañada en la ironía de su abuela, dice con mucha franqueza para disculparse:

Hay veces que me siento muy mi mamita.

De este modo cree hacer perder el acibar a las expresiones que vienen del alma precedidas de hiel. Disculpa ingenua, franca, sencilla, pero que en Inés tiene el peso del genio, así como las vulgaridades puestas en los labios de los Reyes tienen el valor de una máxima bíblica.

Su obra literaria es a mi juicio bellísima. Sus escritos la colocan en el rango de una literata de gran imaginación y de singular instrucción. Es una observadora eminente, una ironista delicada y una escritora muy indulgente. En muchas ocasiones se ha permitido levantar el nivel moral e intelectual de muchas personas que merecían estar eternamente condenadas al olvido.

Cuanto al aplauso que prodiga a la libertad me parece que se aleja demasiado de las severas restricciones que ésta merece. Al obrar así procede enteramente de acuerdo con la independencia de su carácter que no admite encadenamientos. Posee criterio tan amplio y tan independiente que ha despedazado en homenaje a la brillante evolución del *feminismo* muchas cosas de las burdas tradiciones que se mantenían en el hogar con todo el respeto del fuego sagrado, dando pábulo a creaciones liberales correspondientes a la cultura y progreso de la época.

Una de sus conferencias más interesantes y liberales leídas en 1916 en los salones de *El Zig-Zag* causó terror en las *Cofradías* porque rompía de hecho con hábitos inquisitoriales. Para atacar esta *audacia*, el Do-

mingo siguiente al en que tuvo lugar la lectura, subieron al Púlpito de los Templos de: *Santa Ana, El Salvador, La Asunción, La Estampa, Belen, y La Viñita*, los *Curas y Vice-Curas*, correspondientes a dichas *Parroquias* y condenaron con toda energía la conferencia que a su juicio despedazaba con sus más antiguas tradiciones.

La señora de Larraín es francamente liberal; pero su liberalismo no la priva de encontrarse frecuentemente en contacto con Dios. Se allega con todo fervor a los confesionarios en donde el *Prelado* que oye los descargos de su conciencia la absuelve generosamente, y se inclina reverente en la hora de la *Comunión* frente al *Tabernáculo* para lograr de su contenido.

Cuando las convenciones sociales la hastían obligándola a guardar *pose* diplomática con seres que repudia despedaza con firmeza esos compromisos volviéndose hacia aquéllos con la energía de un censor. De esta actitud fué víctima en los comienzos del año 1916 el Ministro de la Corte de Apelaciones Señor *Santiago Santa Cruz*. Encontrándose doña Inés en *Lo Herrera*, la extensa propiedad rural del señor *Eleodoro Yáñez* actual Ministro de lo Interior, en circunstancias en que Santa Cruz era también invitado a un banquete y habiendo este Juez absuelto a don *Gustavo Toro Concha* sindicado de autor de la muerte de su esposa señora *Morandé de Toro Concha*, doña Inés le negó gentilmente su mano, excusándose con aquello que no creía lícito estrechar la diestra de un *togado* que había encontrado inocente a un criminal reconocido, autor de una muerte que había conmovido espantosamente a la sociedad de la República.

¡Noble conducta de una dama que siente por la moral social el más intenso respeto!

La señora Echeverría es sin duda alguna una de las columnas más sólidas y más hermosas del Club. Publicamos en seguida un bello artículo literario suyo sobre el origen del Centro que dirige:



Señora Inés Echeverría de Larrain (*Iris*)
Miembro del Directorio del Club.

¿Cómo se fundó el Club de Señoras?

«Por más raro que hubiera parecido a nuestras abuelas, las señoras de Santiago tienen Club. ¿Quién lo formó? Ante todo las incontenibles corrientes de la vida moderna, las mismas que trajeron la guerra europea y que devolverán la paz. ¿Sería posible ponerle dique a la ascensión de las aguas en el diluvio universal? Del mismo modo, estas corrientes sociales son tan fuertes, que no admiten vallas, saltan los obstáculos y acaban por derribarlos. El movimiento inicial y aparente lo dió la mujer inglesa, la más respetada por el hombre en la clase alta, pero la más explotada por el dueño de fábrica en la clase baja. Las corrientes poderosas llegan hasta los confines del planeta, como ha pasado en el caso presente. Sólo que en estos rincones del mundo, todavía quedan incautos que pretenden velar el esplendor del sol con una pantalla de papel. La sociedad chilena ha recibido la tardía repercusión de esos movimientos y nuestros hábitos se han reformado.

Santiago era en mi niñez, la reunión de unas cuantas familias acaudaladas que imponían el tono y tiranizaban dentro de la limitada actuación de su dominio. El patrón en el campo, la señora en el patio de su casa, constituían pequeños feudos. Tan íntimas eran las relaciones de las familias santiaguinas que los objetos usuales circulaban por el vecindario. Digamos la verdad, Santiago era en mi niñez, un gran conventillo en sentido moral. La *paila* para los dulces de almibar se prestaba de casa a casa, el folletín recortado del diario, circulaba y reemplazaba el libro; tan escasa era la intelectualidad femenina de entonces! Las modas hacían de los trajes verdaderos uniformes de colegio, por falta de variedad de los modelos que la imponían. Las señoras que no usaban capotas con penacho y brida eran consideradas viejas verdes. En cierta ocasión buscando en París una capota, para una amiga mía, y no hallando cómo hacerle comprender a la vendedora, la forma que

necesitaba llegué a decirle: «*Deme un sombrero para señora de 500 años*». La empleada se dió un golpe en la frente, ¡ya sé! Usted busca la *gorra de América*, también las vendemos para Buenos Aires. ¡Cuando un caballero antiguo tomaba baños de pies, los vecinos se imponían del resultado del acontecimiento, preguntando a través del muro divisorio, de los patios colindantes: ¡Qué tal! ¿No se ha constipado don José Antonio? Las monjas mandaban alhoja y coronillas a sus Síndicos y éstos convidaban a toda la parentela, para participarles el regalo. A un amigo mío que se expatrió hace muchos años le pregunté si no pensaba volver a Chile. *No vuelvo, porque desde que las mujeres se frunciéron, mi tierra se ha puesto muy lesa*. Lo malo estuvo en que las damas se frunciéron antes de instruírse y de refinarse. Sin tener medio siglo, yo he visto el Santiago que recuerdo.

A la aristocracia, del nombre y de la hacienda, se unió poco después la aristocracia del talento y de la política. Después de la guerra del Perú, vino la aristocracia del dinero, por el ensanche que tomaron los negocios. No ha mucho, las mujeres nos impusimos con asombro, que había hombres finos, inteligentes, cultísimos, que no se apellidaban ni Irarrázabal ni Larraín y observamos que casi todos los libros nuevos estaban firmados por nombres que no habían figurado en la guerra de la Independencia, ni en la costa de la República. En las listas de premios de los colegios vimos con frecuencia a los desconocidos tomar la primera fila. Y luego a nuestra mayor sorpresa, apareció una clase media que no sabíamos cuando había nacido, con mujeres perfectamente educadas, que tenían títulos profesionales y pedagógicos, mientras nosotros apenas sabíamos los misterios del rosario. Entonces sentimos el terror de que si la ignorancia de nuestra clase se mantenía dos generaciones más, nuestros nietos caerían al pueblo y viceversa. La cosa no daba espera. Los síntomas eran alarmanantes. Cuando alguna mamá observó a su hija la inconveniencia del cultivo de cierta amistad, ella respondió: ¿qué quiere mamá? para encontrar un hombre

culto, hay que desertar la aristocracia... Interrogado en otra ocasión un director de diario, por lo anónimo de su personal, manifestó que en la clase alta no había encontrado mozos de talento, que quisiesen colaborar en su empresa.

Y así sucedió, que algunas señoras que no tenían espíritu retrógrado y que no se pagaban de nombres huecos, sintieron la necesidad de reunirse, de trabar relación con la nueva sociedad, que se había formado, tras de las familias tradicionales. La gran palabra de la Biblia: *No es bueno que el hombre esté solo* la hicimos extensiva a nosotras, que nos sentíamos solitarias en nuestros ideales de progreso. En la sociedad francesa pasó igual cosa. Los nobles descansaron mucho tiempo a la sombra de sus blasones y de sus talegas, pero un buen día se despertaron alarmados bajo una burguesía inteligente y trabajadora que había crecido en la oscuridad, que acaparó los puestos públicos, las influencias políticas, que formó Escuelas de Arte y que los derrotó en toda la línea. En Francia si un noble se arruina no tiene más que el oficio de *pesca dote*. La duquesa de Rohan fué la primera que rompió la tradición. Ella abrió su mansión de par en par a la ola invasora, pero si no lo hace se habría quedado bostezando en el Faubourg, en espera de la muerte, que siempre olvida a los aburridos.

Nosotras nos veríamos con un porvenir menos halagüeño, reducidas a leer las defunciones de los diarios y a celebrar gracias de nietos, careciendo algunas de vocación de abuelas y teniendo en cambio disposición para otras cosas. La elocuencia parlamentaria de los señores congresales, tampoco interesa a las mujeres, porque la política chilena carece de ideales. Los chismes sociales no divierten sino a la gente menuda y el manejo de la propia casa no alcanza a ocupar quince minutos de tiempo al día.

Nuestras casas están gobernadas por nuestras ideas. No nos toman tiempo material, ya que no barremos, ni lavamos y los postres quedan mejor hechos cuando los

elabora la cocinera, que pone para el caso, esos cinco sentidos a que nosotras damos un uso superior.

Creemos también que el establecimiento de nuestros hijos, como el nacimiento y la muerte, es de justicia divina y que nuestra acción directa sólo serviría para estorbar lo que viene de arriba mejor dispuesto. A nuestros maridos no los podemos cuidar cuando salen de casa, sino con nuestras oraciones. Es bueno también que nuestras hijas aprendan a andar solas, porque el camino de la vida es peligroso y hay que conocerlo por cuenta propia, para no caer en abismos. En todo momento crítico de la existencia la soledad se impone, la del sufrimiento por lo menos. ¿Quién pudo jamás darle su dolor de muelas a la persona que más le quiere? Había, pues, un número considerable de señoras, que ya no tienen hijos pequeños y a quienes sobaban unas horas libres de la tarde después de cumplir los menesteres domésticos, de visitar la iglesia, la costurera y el dentista. ¡La familia! pero es que ya vamos entendiendo que la familia de cada cual la componen no sólo los de nuestra sangre, sino principalmente los de nuestro espíritu.

En este punto estaban la cosas cuando dos amigas, las señoras Lynch de *Morla* y Matte de Izquierdo me propusieron que nos reuniésemos las tres para formar un Club. La palabra Club me chocó. Me pareció que íbamos a oler a tabaco y a alcohol y que perderíamos el «*charme*» femenino. Pero se me explicó, que la palabra era elástica y que tendría el sentido que nosotras mismas quisiéramos darle. Ya me tranquilicé pero... y mi tiempo que yo tenía consagrado, como una monja su alma al Señor, con voto solemne, todo entero a mi Ideal? Tampoco tomaría mi tiempo. Empezaron a tentarme. Iría cuando se me antojase. Muy agradable... pero sin hombres? Yo no sé conversar con mujeres, las escandalizo, mientras que Ellos comparten las ideas, las amplían y las iluminan, presentándolas por otra faz que nosotras no le vemos.

Mis amigas no habían enfocado ese escollo y se vol-

vieron pensativas. Yo acabé de confesarme... a mi me gusta el *tête à tête* y si tengo algún amigo agradable en mi casa, no seré tan lerda que vaya a lucirlo al Club, ni tan generosa que se los comparta. Sonrió la una con su dulce sonrisa luminosa y la otra proyectó la sombra de su misterio turbador, ¡*Ecco!* Y ahí quedamos sin avanzar un punto, cuando *La Unión* atacó el proyecto de Club. Aquello que era apenas una idea vaga, que no tomaba cuerpo,—incierta lucecilla de fósforo,—se inflamó de súbito, como si hubiera soplado un huracán, y encendió hoguera. Tomamos bríos, sentimos que la obra valía la pena, puesto que la atacaban los espíritus retrógrados.

Debía ser elemento de progreso y le puse todo un fuego interno ya que no externo, pues las amigas lo hicieron todo. Ellas saben que no leo diarios, que apenas resbalo medio ojo, sobre una página del *El Mercurio*, que *La Unión* no entra en casa, sino en calidad de envoltorio de paquetes de menor cuantía, y al ver que el ataque me daba ánimos, se formaron el trabajo de recortarme los párrafos alusivos al Club y de enviármelos. Confieso que ni esos párrafos leí enteros; *La Unión* es un diario que no la yerra jamás, para apuntar en estos dos blancos: «*en la tontería o en la grosería!*» Todos leemos para deleitarnos con algo hermoso, sabio, alto... Para escuchar necedades nos basta la calle, los tranvías, el obligado: *¿Señorita, ha estado usted en la Opera?* de los jóvenes timoratos a las niñas cándidas; me basta y me sobra con las razones perogruescas de mi cocinera... Alguna vez he preguntado ¿por qué el diario católico tiene un alma de solterona enfurecida? (En mi concepto solterona no es la mujer incasable, sino el alma estancada, de donde no fluye amor, ni fecundan las corrientes).

Volviendo a los bríos que me inyectaba el ataque de *La Unión*, sentí curiosidad de analizarlos. Era raro el impulso que me daban ya que, en general me importa un *bledo* la opinión ajena. Entré con el escalpelo, en mí misma, y descubrí todo esto que anoto como datos curiosos.

Ante todo descubrí que me gustaba hacer obra grande, ya que la vida es demasiado breve, para perderla en fruslerías y que yo tengo fe en las obras combatidas porque me parecen llevar el sello divino. Obra que no despierta pasión, por la cual no se combate, es obra pequeña y muere antes de nacer. Las grandes empresas necesitan persecución. Recordemos, desde luego, la Redención ¿cómo se habría realizado sin el odio de los sacerdotes de Israel a la nueva doctrina que los destronaba? ¿Quiénes sino ellos pudieron dar muerte y pasión a Nuestro Señor Jesucristo? Tengo gran prestigio por el ataque clerical. Encuentro que es de prodigiosa fecundidad, consagra, fortifica... Cuando *La Unión* declaró a Figueroa masón, yo lo ví calado de banda. ¿Qué habría sido de Santa Teresa, si no le toca una serie de confesores necios, que pusieron su grande espíritu a prueba? ¿Y Juana de Arco sin el Cardenal? Todos los santos necesitaron la persecución de sus superiores gerárquicos, desde el Maestro Divino, hasta la rústica Bernardita de Lourdes que también necesitó de su cura de Ars, para obtener el celestial mensaje. Sin el ataque clerical se vaciaría el calendario cristiano. Nerón y Diocleciano fueron los modestos precursores de la persecución cristiana. La guerra que viene de afuera, es lógica, pero la que viene de adentro, tiene más eficacia porque vierte sangre de hermanos. Así yo apenas oí que el diario clerical se alarmaba, creí en el Club como en verdadero Evangelio. Sentí que sería útil, que abriría horizontes, que reuniría almas que necesitaban encontrarse, para colaborar en un ideal común. También recordé a este propósito un episodio de juventud. Yo tenía un tío cuyo pecado mortal fué nacer en Chile siendo un ateniense del gran siglo. Era uno de los hombres de talento más fino, más cáustico que jamás he conocido. Apareció por aquel entonces un artículo anónimo *Los Precursores de la Dictadura* artículo tan punzante, tan hondo y que deslindaba tan magistralmente las responsabilidades, que yo lo atribuí a mi tío.

Mi entusiasmo fué tan grande, que atravesé la Ala-

meda, sin sombrero para abrazarlo. ¡Mala psicóloga! me dijo, ¿no sientes el nervio clerical?, un laico no tiene ese encono apasionado, ese odio concentrado. Sólo un celibatario ha podido escribir ese artículo y me clavaba sus ojos de saeta, mientras el gesto amplio, acentuaba la palabra incisiva... Desde entonces me tengo por sabido que los célibes tienen un vigor de que nosotros carecemos y de que el sexto Sacramento (Orden Sacerdotal) excede en calidad si no en beneficios al séptimo: Matrimonio. En los eclesiásticos reside esa fuerza del *Decálogo*, que en algunos puntos les oprime a ellos mucho más que a nosotros. Después de esta experiencia, cuando yo tenga una obrita en proyecto o libro en prensa clamaré por el ataque de *La Unión* como los israelitas por el maná del cielo.

Así se fundó el Club de Señoras! Podemos llegar allí y encontrar reunidas a personas que de otra suerte nos habrían costado muchos litros de bencina el estrecharles siquiera la mano. Nos quedamos el tiempo que nos conviene, mientras que en muchas casas, apenas logramos que las visitas nos dejen ir a la cama, cuando la campana de los Jesuitas suena la media noche. No necesitamos hacer el gasto de la conversación, que como todo gasto desgasta! Podemos escuchar y oír verdades que no nos dicen nuestros visitantes, ni visitados. Así una vez llego al Club de improviso, con mi paso de sonámbula. Un grupo de personas y un señor vuelto de espaldas decía: "*A mí no me gusta nada Iris*". Me puse de glorias; que placer oír con sus propios oídos esas verdades que sólo se sienten en el aire y eso cuando se tiene intuición, que todavía no es materia barata en Chile. Desde lejos le respondí al caballero, que lo quiero sin conocerlo (esté tranquilo no sé quien es): *Más vale así, señor, que si le gustara, como todavía le gusto a mi marido, sería para Ud. un peccadero permanente...*"

Comprenden ustedes la importancia del Club ¡un lugar donde se piensa en alta voz!, un lugar donde se puede dejar la mentira convencional. Es un paraíso re-

conquistado, en esta tierra donde el *Comonó* cubre todas las opiniones y salva el compromiso de decir *Sí o No* como Cristo nos enseña.

Si pensamos que hemos venido a este mundo para aprender la verdad, para decirla y para vivirla, sabremos al fin que el Club es una obra grande y que merecería nuestros esfuerzos!»

Iris.



Señora Adela Rodríguez de Rivadeneyra

La Secretaria del Club de Señoras es una dama muy distinguida e ilustrada y profundamente trabajadora. A su inteligente actividad se debe mucho del excelente pie en que se encuentra la institución. La señora Adela no es de aquellas almas muy comunicativas; en su conversación se revela una mujer muy circunspecta que guarda una prudente reserva. No se entrega así no más a los escudriñadores.

Se ha hecho notar en la Literatura Nacional por sus hermosos escritos. A todos los que han leído sus trabajos les ha quedado de doña Adela una hermosa impresión. Ellos la proclaman a la faz de la sociedad como una escritora hábil y de buen gusto.

Su afán es la crítica, a parte de que la seduce inmensamente el deseo de traducir obras filosóficas de carácter moderno. Sus últimas traducciones *Vibración del Pensamiento* y la *Nueva Ley del Pensamiento* ponen de relieve su profundo conocimiento de la lengua inglesa. Las materias que volvió a nuestro idioma son muy interesantes y aunque las traducciones no pueden colocarse en el rango de las obras producidas directamente por la inteligencia por cuanto que en la composición de unos y otros se han empleado factores muy diversos, siendo los que corresponden a la traducción, de aquellos que no pueden calificarse de entre los que determinan la



Señora Elena Edwards
Pro-Secretaria del Club.

agudeza del genio y la concepción del pensamiento, estas traducciones son consideradas como muy interesantes y talentosas.

La hermosa poesía que va a continuación y que tan aplaudida ha sido como todo lo que emana del cerebro de tan hábil y culta dama, llevará una vez más hacia nuestros lectores la noble convicción de la inteligencia de Adela:

Nueva visión de Dios

Así como después de una tormenta
Desgarran los oscuros nubarrones
Aureos rayos de sol;
Así también, tras siglos de ignorancia
Cual faro esplendoroso alumbra al mundo
La nueva religión.

Religión destructora de prejuicios,
Que al barrer los sombríos fanatismos,
En suma reveló:
Que es tan vano abrazar la cruz del Cristo
Como sondar los cielos sin medida
Para buscar a Dios:

Que Dios, como en nosotros, está en todo,
Que Él es Todo Poder, Todo Presciencia
Que Él es Sabiduría;
Que Él es la Ley eterna que decreta,
Adaptándola a cada mente humana,
La forma requerida.

Que según sea aquella buena o mala
Se irá seleccionando dicha forma
Hasta fundirse en Dios,
En el Dios que siempre Es y siempre se Hace;
Y en espiral gigante, a lo Infinito
Va en eterna ascensión!

ARA.

Señora Luisa Lynch de Gormaz

Hija de Almirante que puso a prueba su bravura en las memorables acciones de guerra que ha tenido Chile en la segunda mitad del siglo XIX; mujer de rara belleza al extremo de que el inmortal escultor Rodin la hizo objeto de un busto que se guarda hoy en día en el *Museo del Luxemburgo*; esposa primeramente de *Carlos Morla Vicuña* uno de los más hábiles diplomáticos chilenos y eminentes literatos que vivió casi siempre en Europa prestando desde allá a la Patria servicios de un valor inestimables; esposa en seguida de un general de la República *Eduardo Gormaz Araoz* que tanto se distinguió en 1888 en la época de la terrible invasión del cólera sirviendo a la Beneficencia con una generosidad que entonces valía más que ahora, la señora Lynch de Gormaz ha sabido conquistarse en el alto mundo social, no sólo de Chile sino que de todos los países en que ha vivido, ese respeto sincero y esa admiración tan profunda que despiertan la belleza y las brillantes virtudes femeninas.

Viuda de un literato eminente y desposada más tarde con un entusiasta general no trepidamos en escribir aquí aquella conocida expresión que por lo común encontramos en casi todas las crónicas: la señora *cambió la pluma por la espada*.

Y así no más lo hizo la señora de Gormaz.

Doña Luisa, hace muy pocos días fué tema de la conversación de los altos círculos aristocráticos de Santiago con motivo del fallecimiento de Monsieur Rodin. Los detalles de la muerte del eminente escultor han estado casi siempre asociados a sus obras y éstas a doña Luisa Lynch por qué una de sus producciones más celebradas fué un busto de la señora de Gormaz.

Siendo el fin de Rodin para doña Inés Echeverría, un hermoso tema para escribir fuese esta dama a casa de doña Luisa para que le contase de qué modo el escultor la trasladó al mármol. Bien sabía ella que la sola

referencia de los motivos, bastarían a su febril imaginación para tejer una hermosa leyenda con que engalanar las páginas de *La Nación* su diario favorito. No estaba equivocada porque la interrogada tuvo para doña Inés el carácter de una depositaria de los últimos y más bellos pensamientos del potente escultor que acaba de agonizar en París y cuyo nombre hemos evocado desde el principio hasta el fin de estas páginas.

Oigamos a doña Inés; su hermoso artículo hace honor a las eminentes cualidades que rodean a Luisa:

EL GENIO DEL SIGLO

«Hace pocos días ha desaparecido del plano terrestre (por no nombrar a la muerte con su cortejo de fealdades que el genio anula) el más alto genio de nuestra época. Augusto Rodin es en verdad el único gesto sintético que ha producido en estos tiempos el país de los artistas: la Francia. Trajo una revolución en el arte, sirviéndose de la materia bruta, a través de la fuerza miguelangesca, para hacer brotar la espiritualidad. Sacó el alma humana—la eterna Psiquis prisionera—del misterio de las sombras, en que el materialismo la había sepultado. Con esa simplicidad y con esa energía, que son características del Genio, se sirvió Rodin de la fealdad, para producir el Carácter y de la desproporción para crear la Idea. En sus potentes manos, lo informe, la piedra misma sin tallar le sirvió a modo de sugerencia. Todo tiende en su grande obra a mostrar al alma, en destellos fugitivos pero intensos. Su modelado tan diferente al de la escuela clásica, su procedimiento para mover las figuras, hacen de este artista un renovador de la cultura, un redentor del alma cautiva de la materia. La originalidad de sus maneras artísticas, lo imprevisto de los resultados que obtenía, confundió por largos años a los maestros de su generación. Y aun quedaban hasta los últimos tiempos en París profanos que al contemplar sus exponentes de los

salones anuales, se preguntaban atónitos, si el gran Rodin *ne faisait pas le malin, blasé des foules trop complaisantes*. Pero en aquellas formas extrañas, en la violencia de las líneas, en aquellos torsos mutilados, corría la vida y no ya la vida de exterioridades que perciben nuestros ojos de carne, sino la gran vida profunda que parece traspasar otros planos de la naturaleza. Vida violentamente sorprendida por un recurso de magia espiritual, allá donde sólo penetran las alas de nuestro espíritu batidas en el remoto espacio de las ensoñaciones infinitas.

¡Rodin se ha ido! y este príncipe del arte no tiene sucesor en el mundo, como tienen todas las gerarquías humanas de potífices y soberanos, pues el genio es de unción divina y no puede ser reemplazado por los hombres.

Los periodicos de hace dos meses, refieren la curiosa boda de Meudon. Se vió salir a dos ancianos octogenarios de la modesta parroquia comunal. Eran Rodin y su compañera de 60 años que terminado ya el viaje de la vida y antes de emprender el gran viaje eterno, pedían la bendición del Altísimo. Entre 18 y 20 años, aquellas creaturas se habían encontrado en una hostería, y no se separaron ya más. La modesta doncella asistió a todos los engrandecimientos de esa vida de triunfos terminados en apoteosis mundial. Jamás pretendió salir de su condición. Era del pueblo y murió rústica. Rodin nunca tampoco quiso sacarla de su medio. Y eso no obstó al afecto que se mantuvo firme y fresco—lazo de oro que une las almas por encima de todas las miserias de los hombres. A la indiscreta observación de una princesa, huésped de paso, en uno de los palacios del artista, que le dijo: “¡Votre cuisiniere n'est pas belle!” Rodin respondió simplemente: “C'est ma femme”.

Pero, ¿dónde encontrar el ambiente artístico para recordar al gran genio, en esta ciudad dormida, polvorosa, cadente y tiesa, en que cada sonrisa parece una emboscada y cada gesto una delación? ¿Dónde hallar en

esta ciudad *qui a l'horreur du beau* (observación de un gran artista) entre los hombres atareados en acumular pesos y las mujeres víctimas de las modistas, un rincón que me permita evocar a Rodin? En el único sitio donde he ido siempre a refugiar mis nostalgias y a cobijar mis secretas angustias... donde mi amiga Luisa... La ciudad duerme en su pereza estival, las gentes van agobiadas, con rostros impasibles, aburridos los unos o desencantados todos, con ese irrecusable astío de raza dentro de la rigidez mental que encierra en círculo de hierro. Los hombres llevan los bigotes lacios, desmayados y las mujeres comprimen sus pequeñas bocas amargas de desdenes imaginarios, cogidos al paso... Algunas devotas salen del Mes de María, desconfiadas y graves...

Llego a la hermosa residencia, y al traspasar la ancha cancela de fierro que tras largo zaguán enfoca la visión de un vasto jardín fresco y perfumado, siento que he dejado tras de mí, en la calle, los enemigos jurados de mi vida: la convención, la mentira, la astucia, la hipocresía y la fealdad... En aquella casa impera la Verdad, la Sencillez y la Bondad. Se piensa, se siente y se comprende, cosas tan raras de encontrar en el común de los hogares, donde el pensamiento es reflejo, postizo el sentimiento y el mal gusto atávico. Casi siempre, yo me sé de memoria todo lo que voy a escuchar cuando entro de visita en ciertas casas. De la generalidad de las mujeres chilenas podemos precisar sin miedo de errar, todo lo que pensarán, sentirán y harán, desde la cuna hasta el sepulcro. No les falta cerebro, ni voluntad, pero de tal manera lo han sometido a una regla, estúpida en la mayoría de los casos, que han mutilado al individuo para formar parte de una manada de tímidas ovejitas. El ambiente no desarrolla las almas, sino que las deforma y las falsea. *La mujer chilena no tiene matices en su alma*, me decía un diplomático, y lo peor es que su vida no tiene imprevistos, porque la rutina lo ha devorado todo.

En este hogar, por el contrario, existe la santa vida

del alma y de la naturaleza, inviolable y profunda, dentro de unas cuantas creaturas exquisitas.

El conde Prozor, dijo respecto de ellas en uno de los más distinguidos círculos parisienses, que en Chile había encontrado una familia única en el mundo, formada por tipos de humanidad ideal. Y el conde Prozor ha dado la vuelta al globo, en el sentido de los altos ideales.

Yo me sentí respirar a pleno pulmón aquel día, recordando a estos seres, que tanto amaba, y que habían tenido parte tan principal en la evolución de mi espíritu.

A la luz cruda, chillona e insultante de estos países de sol, sucede la discreta penumbra, perfumada a sándalo, de estancias primorosas, en que los tapices, los cuadros, las estatuas, los bibelots, las japonerías, y las antigüedades litúrgicas, mezclan sus reflejos y oponen sus tonos desleídos, saturados de tiempo y de lejanías exóticas... El ambiente está creado por las personas y las cosas... ambiente de belleza y de paz, de delicadezas morales y de suavidades físicas. Atmósfera de elevación, de pureza espiritual y de evocaciones remotas. Aspecto de distinción exquisita y de cultura refinada. Y luego esa sensación de presencias invisibles, que tienen los sitios donde habitan las almas de verdad y no fantoches de carne y hueso. Una preciosa niña me acoge en el amplio hall misterioso. El desmayo de su voz lánguida tiene cierto calor de ternura que reconforta la tristeza que traigo de la calle—tristeza en que se mezclan sentimientos de orfandad de alma y desgarramiento de corazón. La niña, diáfana como una aparición, está vestida de gasa, alba y transparente. La luz de su sonrisa, el oro de su cabello y el fulgor de unos ojos nostálgicos, con brillo de lágrimas, ponen en el desconsuelo de mi alma, el ardor suave de una blanda caricia. Nos sentamos. Sobre los vidrios de las ventanas ondula travieso el encaje luminoso de las enredaderas, mientras los cuadros inmovilizan sus figuras en estática quietud. Dorados peces nadan apaciblemente en una redoma de agua cristalina. Los países lejanos

de los biombos traen reminiscencias orientales... caprichosas y lánguidas.

Ximena me habla no de niños que nacen o de amores que van y vienen, sino de nosotras mismas, del *depaiement* que algunas almas traemos a la tierra y que la vida parece acentuar en cada uno de sus dones... de ese eterno vacío de una soñada plenitud que no se alcanza jamás, de ese secreto imán misterioso que impulsa irremisiblemente hacia arriba. Sus ojos que ríen y lloran, inmensos y dolientes, me dicen en la entonación sonora de su voz: "Somos más de *allá* que de *acá* y la prueba es que las cosas triviales nos parecen raras y tan naturales aquellas otras que son extrañas"... "Nos sentamos ayer, dice, a tomar café en un restaurant mi hermana y yo, ¡las gentes nos parecían tan desorientadas y tan sin asunto sus vidas!... Y ¡quién, al ver la lontananza de aquellos ojos que vienen de tan lejos y que miran tan adentro, no sabría que contemplan la vida desde los planos altos... de allá... donde la fe es una visión y la esperanza una realidad y el amor la ley fundamental de toda la vida?

Nada puede extrañarme en estos seres tan únicos, cuando recuerdo la impresión que me produjera el padre, don Carlos Morla Vicuña, atravesando con don Florencio Blanco uno de los salones más aristocráticos de París, en 1888. Aquel hombre era en su tipo un verdadero príncipe de la sangre, y en su espíritu un legítimo mago del alma. Imprimió, como era lógico, en los suyos, un carácter de perfección anímica que raras veces se obtiene en las razas selectas. Luego aparece la madre más linda si cabe en sus cabellos plateados, que en el tiempo en que Rodin la hiciera el modelo de su más bella inspiración femenina. (Por lo menos así lo creyó el artista). Vamos a hablar ahora nada más que de Rodin, le digo, aprisionándola, pues el exceso de temas, nos lleva a veces a la confusión. Ella sonrío con aquella dulce sonrisa ingenua, de niña mimada, que lo será siempre por la bella serenidad que opone a las ironías del destino... Luisa no brega con el Sino,

lo deja pasar con olímpica quietud y exclama con aristocrático desdén: “No he nacido para víctima”.

Pues a esta estética esperitual, que no otra cosa es el poder de dominar los acontecimientos, en vez de someterse a ellos, une mi amiga cierta imprevista y natural manera de decir, con reflejos de dulzura tierna en su voz “nonchalante” y en sus actitudes de cuadro de gran firma, que posa en el último y más abandonado de sus movimientos.

—Pregúntame todo lo que te interese, dice con resignación indolente, estirando su fina mano y mirándome con un brillo de gema en sus ojos enigmáticos...

—Ya sabes que no me interesan las cosas que gustan a los reporters de los diarios, me gustan los detalles que por insignificantes no apuntamos, los rasgos que escapan por imperceptibles. Quiero saber ante todo cómo trabaja Rodin.

Mi pregunta le interesa. Se incorpora con laxitud elegante y mirando una quimérica lejanía, dice: “Es muy curioso, nunca trabajó mientras yo posé y eso que fui más de 40 veces a su taller. Mientras yo estaba ahí, no hacía nada, descubría un modelado, me preguntaba mi impresión y de repente, cuando estaba yo más abstraída, me encontraba con que Rodin, no miraba el objeto sobre el cual llamaba mi atención, sino que me devoraba con los ojos. Pasaban así las horas y las sesiones y yo pensaba ¡cómo pierde el tiempo este hombre! Sólo después vine a darme cuenta de que trabajaba en mi ausencia, por la impresión que yo dejara en su espíritu y que en realidad el genio no copia del natural sino de la fotografía que las cosas dejan en su retina espiritual. Así se comprende la transformación ideal que operan en las cosas, la verdadera magia a que el genio somete los elementos naturales que el vulgo no valoriza. Pero a mi grande asombro a la sesión siguiente, encontraba que el busto había avanzado mucho. El éxito de la obra fué sorprendente. Rodin era entonces un hombre muy modesto... Íbamos juntos a las soirées a las Embajadas y siempre permanecía junto a mí

en el mundo, como defendiéndose de la turbamulta. Y me miraba a punto que paralizaba la espontaneidad de mis movimientos. Era huraño y desconfiado como hombre de sociedad, pero como artista, aun desde aquellos tiempos que precedieron a su celebridad, tenía ya la conciencia de su fuerza, se sentía un titán.

Luisa sonríe con fina malicia, en su boca candorosa, y agrega: “Es curioso de recordar ahora las opiniones de nuestros compatriotas en París. Doña Fulana, ¿te acuerdas? Y yo veo la ancha señora de oráculos san-chopancescos, pues ella me decía: Dale un empujón al busto, échalo a rodar; te ha hecho ese bárbaro de Rodin los ojos entornados y tú que los tienes tan rasgados y tan grandes. Otra me aconsejaba: No le recibas su trabajo a Rodin, te ha dado más edad de la que tienes. Y no faltó en este torneo de necedades, quién reclamase por el moño que no era bonito y por el pelo que no estaba hecho... Creen los chilenos que lo que ellos llaman “bonito” es la belleza estética. Y de buena gana reímos de pensar cómo el juicio vulgar toma de la carencia de alma, el concepto de lo bonito, siendo que el arte busca desesperadamente el espíritu, aun a través de la alteración de todas las formas, del atormentamiento de la línea y a expensas de la armonía superficial. El artista se dice: Venga la expresión, prodúzcase el carácter, aunque las formas estallen y se convulsionen!

Explícame ahora, digo, la razón de por qué, si Rodin te hizo un busto, por encargo de tu esposo, ese busto no está aquí en tu casa, sino en el Luxemburgo. Y su sonrisa tan fina, entonces se hace irónica y sus ojos dan destellos ambarinos.

—Ah! esa es toda una historia, que nunca cuento y que dió a Rodin, el peor rato de su vida entera y que le hizo tomar a Chile y a los chilenos en *grippe*. Dado el éxito de la obra y la oferta de compra del Estado Francés, Rodin fué a rogar a Carlos que le cediera el busto. *Songez donc, c'est ma célébrité qui commence*, nos decía implorante, pasando sus titanescas manos nervio-

sas por entre sus barbas fluviales. Me parece que lo veo angustiado... como si nuestra negativa le fuese a robar la gloria! Mi marido pensó entonces que era fuerza cederle su obra al artista, puesto que nosotros no teníamos fortuna y no podríamos pagar a Rodin, los centenares de miles que el Estado le ofrecía. Se me hacía muy duro ceder, pero mi esposo, me convenció ¿Y si se le quiebra la nariz al busto en alguno de nuestros largos viajes por el vasto mundo? Además, Rodin me apreciaba, prometiéndome que haría otro busto y mucho más lindo: *Maitenant que je vous connais je vous ferai le buste avec vos belles mains dans votre delicieuse attitude de soutenir le menton*".

Así iban las cosas, cuando Carlos supo que en Chile se hacía una suscripción, para un monumento a Vicuña Mackenna, y deseoso de que su país tuviera una obra del genio mundial, propuso a Rodin que le hiciera la maquette del monumento para enviarla a Chile y que se le encomendase la obra.

—¿Qué es una maquette?, interrumpo.

—Es la obra misma en miniatura, después no hay más que agrandar y reproducir. Para el artista, la *maquette* es la creación, es su idea, es todo, es lo que no tiene precio, en ningún mercado, sobre todo tratándose de Rodin. Y aquí viene lo trágico de la aventura.

Cayó la maquette en una Comisión de Bellas Artes (que ojalá ignoremos hasta después del Juicio quiénes la componían) y como aquel mono estorbaba, lo regalaron, y la casa donde lo recibieron, se quemó. Pero la maquette escapó del incendio con un brazo de menos (las tres plagas chilenas eran incendios, temblores y aniegos). Lo dieron entonces a un italiano cualquiera, de esos ambulantes, para que le hiciera brazo... y el italiano desapareció y no se supo más....

Esta historia, tan chilena, y por cierto tan natural y tan comprensible para nosotros, dentro de nuestra incultura artística y de nuestra indolencia atávica, le pareció a Rodin una burda mentira. Creyó siempre que le habían robado la maquette, y que el monumento se había hecho

a sus expensas. Y en su orgullo satánico o genial, fué tal la cólera que le causó, que cuando Morla Vicuña quiso explicarle, Rodin ya no oía, bramaba, y de haber sido tan amigos, el secretario de Chile y el artista, acabaron en que la indignación del primero lo hacía exclamar al recuerdo de esta escena: *Oh! le sal juif!* Y así fué como mi amiga pagó el sacrilegio artístico y no obtuvo de Rodin, a pesar de la simpatía que le profesaba y de la admiración que sentía por su belleza, que quisiese repetir la obra. Sin embargo, Rodin reaccionó en los últimos años, haciéndole decir a Luisa que lo previniese de su viaje a París, pues quería verla antes de morir.

Y mientras almorzábamos en el jardín, al susurro del armonioso ramaje de los árboles, de los cantos de pájaros y del lento gotear del surtidor de agua, seguimos evocando la figura del maestro; su magnífica silueta, su poderosa musculatura de luchador, aquel gesto tan peculiar de sus dedos que se hundían acariciantes y voluptuosos a lo largo de su espesa barba de ermitaño... Nos rodean todas las niñas: Carmen con su cabello corto y albo, nimbo de aurora en torno de la expresión beatífica de su rostro angélico, y Paz, exangüe y sutil, y el Baby, con la trenza dorada haciendo marco a la frente soñadora...

¡Qué profunda irradiación espiritual se exhala de estas almas purísimas... ajenas a toda vulgaridad, exentas de todo estigma grosero!... La atmósfera que se respira entre ellas, es la misma que crean las visiones de Fray Angélico, en los muros soleados de los claustros Florentinos... Almas que habitan el linde preciso que separa el mundo de las cosas que mueren y el mundo de las cosas que nacen transfiguradas y bellas.

El sol meridiano cae pesado en el jardín adormecido... Los rayos ardientes se atenúan en sombras frescas y cambiantes o se encienden en reflejos cálidos y movibles a través de las flores multicolores y de las hojas esmeraldinadas. Cada palabra que se pronuncia, abre una brecha luminosa y encuentra repercusiones musicales en este

concierto de almas afinadas en el mismo tono... Estamos a mil leguas del mundo de las razones vulgares, porque cada una de esas niñas, es más que una vidente; es una iluminada... No saben por inducción lógica, sino por visión natural y revelación espontánea.

Allá, lejos, en la ciudad distante, todavía se hablará de la moda, del pololeo y de la política... aquí sólo se oye el timbre diáfano de la campanita del hospital... vibrando en el aire puro, y las ideas, mariposas de luz, aletean livianas y vaporosas en dorados enjambres de misterio...

—¿Qué pensaba de la religión Rodin?— preguntamos.

Interrogado por un crítico, se expresó así: "C'est selon la signification qu'on attache au mot. Si l'on entend par religieux l'homme qui s'astreint a certaines pratiques, évidemment, je ne suis pas religieux. Mais, a mon avis, la Religion est autre chose que le balbutiement d'un credo. C'est le sentiment de tout ce qui est inexplicqué et sans doute inexplicable dans le monde. C'est l'adoration de la Force ignorée qui maintient les lois universelles et qui conserve le type des étres, c'est le soupcon de tout ce qui dans la Nature ne tombe pas sous nos sens, de tout l'inmense domaine des choses, que ni les yeux de notre corps, ni même les yeux de notre esprit, ne sont capables de voir; c'est encore l'elan de notre conscience vers l'infini, la soif de l'éternité, le désir de la science et de l'amour sans limites... promesses peut être illussoires; mais qui, des cette vie, font palpiter notre pensée comme si elle se sentait des ailes...!»



Señora Elena Edwards de López Pérez

Esta distinguida e inteligente dama ocupa en el Club el honroso puesto de Pro-Secretaria. Es bella, activa e ilustrada, condiciones tan hermosas, que influyen grandemente en la buena marcha de la institución.

Partidaria ardorosa de la evolución del feminismo, jamás ha omitido su hábil concurso siempre que se ha tratado de este negocio. El Directorio la ha encontrado en todo momento dispuesta a ayudarlo con desinterés y talento en su obra de avance.

Como corroboración a lo dicho nos permitimos reproducir un juicio de ella, que apareció publicado en el presente año en una interesante Revista Literaria de la capital:

«Entiendo el feminismo como el ardiente anhelo de toda mujer que desea libertar a su sexo de las trabas que lo aprisionan, por la educación insuficiente que hasta hoy ha recibido, y deseo para el éxito de este ideal una cultura intelectual que haga a la mujer no la enemiga ni la rival del hombre, sino la compañera tierna, pero perfectamente consciente de sus fuerzas y derechos, para colaborar con él al perfeccionamiento de la humanidad.

Comprendiendo, además, la gran sabiduría de la naturaleza, no temo que pueda existir el peligro de que la comprensión exacta de sus derechos y el reconocimiento de éstos, por los hombres y las leyes, anule los deberes primordiales de la mujer, ni disminuya sus sentimientos de ternura; antes bien, estoy cierta de que los aumentará, encauzándolos en un camino mucho más benéfico, haciendo de ella, no la frívola muñeca ni la prosaica ama de llaves, sino la socia, *la amiga* insuperable que todo hombre desea encontrar en el hogar».

Con estos juicios, pongo fin a esta carta y no trepido un instante en creer en que dejo a Ud. ampliamente satisfecha. Ojalá, querida señora, que no suceda lo contrario. Su generoso espíritu, abierto a las más nobles expansiones de la amistad y del afecto no encierra envidias, de tal suerte que al revisar los juicios aquí estampados y por medio de los cuales he creído llegar hacia el fondo del alma de los personajes del Directorio, no se inclinará a creer que he procedido violando con-

signas establecidas por las emulaciones, sino que he procedido sobre la firme base de rendir un tributo de admiración y de justicia a las que nos traen mediante heroicos esfuerzos los aires de la cultura y de la civilización.

Quizás Ud. echará de menos en esta carta los nombres de doña Bernardo Bravo de Larraín, de doña Adelaida Cood de Guerrero, de doña Fresia Manterola de Serrano, de doña María Valdés de Prado, de doña Raquel Délano de Sierra, de doña Manuela Herboso de Vicuña y de doña Florencia Yáñez de Echeverría-Larraín, pero en honor de la verdad debo declarar que muy poco he hablado con ellas; se puede decir que casi no las conozco y me habría gustado inmensamente haber escrito sobre ellas como de las anteriores, ya que la sociedad les reconoce a todas eminentes cualidades.

La señora Manterola de Serrano es en el Club toda una actividad inteligente. Su porte gallardo y gentil, su trato cultísimo, lleno de maneras que caracterizan a la mujer de sociedad, hacen cumplido honor al nombre de *Fresia* que lleva, y estamos ciertos de que en ningún momento quebrantará la memoria de la heroína de la Araucana de Ercilla distrayendo las energías personales que con tan felices resultados consagra hoy al Club de Señoras.

La señora Cood, es suficientemente conocida en nuestro mundo social para que haga daño a su gran prestigio el no asociar su nombre a estos rasgos personales. Viuda de un estadista ilustre que compartió con la República sus energías físicas y morales, la señora de Guerrero, aun con su asistencia no muy asidua (por su quebrantada salud) proyectará desde su hermoso retiro que constituyó en los tiempos que precedieron a la viudedad, los mayores encantos de la aristocracia, fulgurosas luces de progreso sobre la institución de cuyo Directorio forma parte.

La señora Herboso España de Vicuña, digna hija de la condesa de San Miguel de Carma, dama de honor de Isabel II que ocupó el trono de Madrid en la segunda

mitad del siglo XIX, es uno de los más bellos y firmes eslabones de la cadenas de oro que las señoras han formado en el Centro del cual es tesorera.

Las señoras Valdés de Prado, Délano de Sierra, Bravo de Larraín, y Yáñez de Echeverría-Larraín, estamos seguros de que con su actuación en el Directorio corresponden dignamente a las más íntimas y nobles aspiraciones de aquél.

Saluda a Vd. muy atentamente su respetuoso servidor

Q. S. M. B.

FRANCISCO JAVIER OVALLE C.

ÍNDICE

de las materias de que trata este libro

Dedicatoria	3
Prólogo	5
El Club de Señoras al través del objetivo	9
El Club de Señoras aspira a hacer de la madre una grande Escuela	11

I

La Cultura triunfa sobre las discusiones estériles	12 a 14
--	---------

II

La vida intensa del Club	15 a 28
------------------------------------	---------

III

Una Recepción Social	29 a 31
--------------------------------	---------

IV

Una carta por la que se juzga al Directorio.	32 a 63
--	---------
